

las consideraciones y la mención honorífica hecha en el «Diario del Gobierno»?

—Ciertamente que no.

—El oficial sorprendió a los conjurados, se apoderó del documento firmado, y aquel documento, que estoy persuadido, era el acta levantada para derrocar al gobierno, se convierte en una representación patriótica en que le pedían, los que allí se habían reunido, se les emplease como simples soldados en el ejército que se halla en San Luis dispuesto a combatir con los norteamericanos. ¿Cómo se efectuó esta transformación? Lo ignoro.

—Yo me la explico juzgando al oficial un insensato que tomó un documento que tenía preparado en caso de ser sorprendidos, en vez de apoderarse de la verdadera acta de pronunciamiento.

—Puede ser muy bien; o que se dejó sobornar por alguna gruesa cantidad de onzas que pondrían en sus manos.

—De cualquiera manera, el hecho está explicado, sin que haya en él nada de extraordinario.

—Ciertamente.

—Pero en Texcoco estaré yo; y si, como no espero, se resuelve a hacer algunas visitas, serán tan infructuosas que pronto se desesperará de sus inútiles pasos.

—Pues yo hablaré a don Emilio y le diré la necesidad que hay de que Clotilde salga de la ciudad si se quiere que recobre la salud.

—Sí; no descuide usted de pintarle el peligro que corre la vida de la joven si permanece por más tiempo en México.

—Pierda usted cuidado —dijo el doctor levantándose y cogiendo su sombrero—; no perdonaré medio para conseguirlo.

—¡Oh! Entonces se lo deberé a usted todo.

—Adiós, señor Duval.

—Adiós, señor Willey.

Y Duval quedó halagado con la esperanza de arrancar a Clotilde fuera de la capital, mientras el doctor se dirigía a casa de don Emilio.

CAPITULO XIV

La carta

Detrás de la parroquia de la Santa Veracruz, y a un lado de la plazuela de Juan Carbonero, se encuentra el callejón

de Recabados, de aspecto lúgubre, cuyas miserables casas, compuestas en su mayor parte de oscuro adobe, revelan la pobreza de los que en ellas viven.

Poco después de haber penetrado en este callejón que conduce a otros más miserables e inmundos, se ve a la izquierda una pequeña casucha sin número, de carcomidas paredes, cuya débil y estrecha puerta da entrada a un húmedo patio, con algunos cuartos mal envidados, de negras paredes y bajos techos amenazando ruina.

No se ve en ellos más muebles que un sucio petate, enrollado y arrimado a un rincón, que suele servir de cama, un metate en que muelen el maíz para hacer tortillas, un comal en que las calientan y un pucherito en que cuecen su escasa y mala comida.

Pero si en ellos no se ven objetos agradables, en cambio se encuentran niños y muchachos sucios, asquerosos, casi desnudos, flacos, macilentos, que, sentados en el suelo, echados sobre un carcomido petate o jugando en el patio, incomodan con sus gritos a los vecinos.

Entre estos miserables cuartos se veía uno blanqueado, limpio, sin objetos repugnantes, provisto de algunas sillas, con una cama decente, una mesita de pino con un espejo, un lavamanos y una aseada hornilla, todo con gracia y convenientemente colocado.

En este cuarto no había más que una joven que se ocupaba en aquel instante en trazar sobre un papel algunos caracteres.

Era Soledad.

Estaba hermosa como en los días de prosperidad en que la conocimos, aunque en su fisonomía se veían impresos ahora el dolor y la melancolía.

Pero aquel tinte de tristeza que velaba su angélico semblante, lejos de rebajar en nada su belleza, la bañaba de una luz tan suave y vagarosa, tan mística y espiritual, que no se podía mirarla sin sentirse conmovido dulcemente, sin experimentar un sentimiento de cariño y de compasión indefinibles.

La blanca mano en que sostenía la pluma se detenía con frecuencia para poder secarse las lágrimas que rodaban de sus bellos ojos, arrancadas por los recuerdos que despertaba en su sensible alma el asunto que confiaba al papel.

¡Pobre Soledad! ¡Cuánto ha cambiado su posición! En vez de la pieza oval que formaba su exquisito tocador en casa de Flan, adornada con ricos espejos, de lujosos libros, de

exquisitas esencias colocadas en brillantes pomitos de cristal y de perfumados jabones; del lujoso gabinete en que dormía; de la espaciosa sala amueblada regiamente, y de su risueño dormitorio, sólo tiene delante de sus ojos un pobre cuarto, sin más adorno que su aseo, ni más riqueza que la virtud de la joven.

La que se veía obsequiada como una hija querida por el generoso don Felipe, rodeada de fieles criados, pendientes de sus palabras para servirla, defendida por el hombre a quien daba el dulce nombre de primo, ahora se ve sola, abandonada, sin una persona amiga a quien comunicar sus penas, con quien desahogar su corazón...

Entonces traía a la memoria la infeliz, las caricias de sus amados padres, cuyo paradero ignoraba; el lujo y la riqueza en que pasó la infancia; los dorados sueños de gloria y de ventura que halagaron los risueños días de amor que, en alas de la esperanza volaban apacibles, presagiándole una vida alegre y tranquila, como el suave curso del límpido arroyuelo que pasa murmurando por entre bellas y olorosas flores. Recordaba las cortas horas que le habían faltado para unirse al hombre que le hizo presentir las dichas celestiales; la noche fatal en que la arrancaron con engaño de una visita y la condujeron al sitio de donde providencialmente la salvó el bondadoso Félix; los generosos sacrificios de éste; el tiempo transcurrido rodeada de la abundancia en casa de don Felipe; la muerte de éste; el estado de miseria a que se veía reducida; la ingratitud de su amante; y, por último, la terrible acusación que pesaba sobre don Félix, el cual gemía en una oscura prisión, execrado por la sociedad que lo creía criminal.

¡Terrible era aquel cuadro que se presentaba con todos sus detalles a su viva imaginación!

Después de haberse enjugado las lágrimas que nublaban sus ojos, volvió a continuar su comenzada carta con las mismas interrupciones, originadas por nuevas lágrimas y prolongados suspiros.

Pero, ¿a quién escribía aquellos renglones mojados con su llanto?

¿Comunicaba sus penas a otro sér que ocupaba en su corazón el lugar que ocupaba el tierno amante que le hizo conocer en la aurora de su vida el vivo fuego del amor?

No; las mujeres como Soledad sólo aman una vez, y aman para siempre.

Semejantes a la aguja náutica que en medio de las borrascas se mantiene fija mirando siempre al Norte, el ob-

jeto de atracción en que giran constantemente sus pensamientos, es el hombre a quien han jurado una vez amor eterno.

Soledad se creía olvidada de la persona que arrebató de su alma la tranquilidad; pero nunca pudo olvidarla.

Los caracteres que trazaba con alterado pulso, no eran dirigidos a un afortunado amante, sino a la virtud desgraciada, a la honradez calumniada.

Aquellas sentimentales líneas estaban dictadas por la gratitud y la compasión.

Estaban dedicadas al infortunado Félix, por quien había vuelto a preguntar segunda vez, y del cual había recibido una carta por conducto del compasivo carcelero.

Soledad acabó de escribir; y queriendo repasar la carta antes de enviarla, para ver si algo le quedaba por referir, pasó los humedecidos ojos por sus líneas, que estaban concebidas en estos términos:

«Ya soy menos desgraciada, puesto que puedo escuchar sus penas y comunicarle las mías. ¡Dios premiará el singular favor de ese generoso carcelero que se ha compadecido de nosotros!

»Desde que la mano de un asesino nos privó: a usted, de un leal y bondadoso amigo, y a mí, de un protector desinteresado, de un segundo padre que se anticipaba a mis más ligeros deseos; que se desvivía por complacerme, por servirme, no he hecho más que llorar...; llorar sin consuelo, y pedir a Dios por usted; por usted a quien tanto debo, cuya noble alma conozco y cuyas desgracias me comprimen el corazón.

»¡Y temía usted que yo maldijera su nombre..., que lo creyese criminal! No, don Félix; criminal sería yo si hubiese dudado un sólo instante de su inocencia. ¿Quién más convencida que yo de los rectos principios, de la virtud inmaculada que atesora el alma del hombre que ha sido por tanto tiempo mi protector, mi tierno confidente..., mi querido hermano? Mi hermano, sí; permítame usted que le dé ese nombre, porque él expresa el cariño íntimo, puro y santo de mi alma.

»Me dice usted en su carta que el temor de que lo creyese culpable y execrase su nombre era el tormento mayor que le acompañaba en su prisión. Pues bien; yo le ruego a usted que deseche ese temor; que en vez de él, ocupe su lugar la seguridad de mi aprecio, de mi compasión, de mi ternura. ¿Lo hará usted así? ¿Creerá usted a su desdi-

chada hermana..., a la pobre mujer que necesita enviarle a usted el consuelo que a ella le falta, cuyas amargas penas se dulcificarán al saber que sus palabras han arrancado del pecho de usted una duda que lo martirizaba?

»Cuando el gobierno entró en posesión de los bienes de don Felipe, y yo me encontré en la calle, sola, sin que se me permitiese sacar más que mi cama y mi ropa, creí morir de tristeza y de dolor. No sabía a dónde dirigirme; ignoraba el nombre de las calles, y no me atrevía a presentarme en casa de ninguna de las personas que pocos días antes visitaba, temiendo molestarlas. ¿Qué hacer en aquella triste situación? Yo levantaba los ojos y el corazón al cielo pidiendo su misericordia, y esperaba con la fe viva del cristiano que no me abandonaría. Y no me abandonó. Una pobre criada de las que pocas horas antes habían estado a mis órdenes, al ver mi aflicción, me ofreció la humilde habitación de sus padres, a donde ella marchaba. Era ya cerca de oscurecer, y yo admití quel favor como un presente que la Providencia me enviaba en la deshecha tormenta de mis desgracias. Los últimos rayos del sol se ocultaban a nuestros ojos, cuando llegamos a un lejano y estrecho callejón de miserables casas de adobe, por donde sólo transitaban algunos hombres del bajo pueblo, de aspecto fiero, envueltos en sus frazadas. Yo iba temblando de miedo; cada hombre de aquellos me parecía un malhechor que iba a despojarme de cuanto llevaba.

»La criada, conociendo mi terror, me alentaba, diciendo que nada temiese, pues a ella la conocían todos los del barrio, y, además, estábamos ya cerca de su casa. En efecto, a los pocos pasos de marchar por el lúgubre callejón de Recabados, llegamos a la casa número 4, que es baja y de vecindad. Entramos en el zaguán que forma un corto cañón, y penetramos en un ancho patio rodeado de cuartos habitados por distintas familias.

»El que ocupaban los padres de mi antigua criada presentaba un aspecto triste y pobre.

»Sin embargo, en aquel momento era aquel sitio para mí tan bello y consolador, como al naufrago el puerto a donde logra poner la planta. No había en la pieza ni silla ni cama; sobre un petate tendido en un rincón dormían tres niños tapados con las enaguas de la infeliz madre, que se ocupaba en poner a remojar el maíz con que había de hacer tortillas al rayar el día, para ir las a vender desde muy temprano; el marido, honrado albañil que trabajaba desde la salida del sol hasta la noche, por una peseta, acababa

de dar fin a unos pocos de frijoles y unas cuantas tortillas que constituían su escasa cena; una flaca vela de sebo pegada a la pared, alumbraba débilmente aquel triste recinto, donde la desgracia acudía a pedir asilo a la pobreza.

»Al saber por su hija quién era yo y a lo que iba, se levantaron al instante, me hicieron mil generosos ofrecimientos a su estilo y mandaron al cargador que llevaba mi cama y mi baúl con ropa, que los colocara en el sitio más desembarazado que se veía en aquella reducida pieza. Yo les agradecí mucho su anhelo por servirme; pero mi corazón estaba oprimido, inquieto y triste.

»Al verme en un mismo cuarto y entre tanta gente extraña, no quise acostarme y pasé la noche sentada en mi cama, pensando en la triste situación a que me veía reducida. Entonces conocí todo lo que había perdido, y no cesé de llorar un instante, mientras aquellos infelices, pero mil veces más dichosos que yo, encontraban en el sueño un alivio a sus trabajos. ¡Ah!, don Félix, ¡cuánto me acordé entonces de la modesta casita que habitábamos en la calle de Tacuba! ¡Cuánto había cambiado nuestra suerte! Allí vivíamos juntos, nos veíamos a todas horas, hablábamos del hombre que hacía latir mi corazón..., del hombre que amaba..., que amo..., que amaré siempre a pesar de su ingratitude. Mientras en aquel instante estábamos separados..., yo, sola, abandonada, sin recursos, ocupando un reducido rincón en un miserable cuarto que me daban por caridad, y usted sumergido en una oscura prisión, incomunicado, acusado de un horrendo crimen, y temiendo el desprecio de la sociedad. La idea de los padecimientos que debía usted sufrir, se asociaba a todos mis tristes pensamientos, y no hacía más que verter lágrimas y contener los suspiros que se disputaban la salida de mi oprimido pecho, para no despertar a los que descansaban cerca de mí. Yo esperaba el día con ansia, porque conocí que me era imposible continuar viviendo en aquella reducida pieza, donde se aspiraba una atmósfera pesada y caliente por el hálito de tanta gente aglomerada en ella. No anhelaba grandezas y comodidad, pero sí un cuarto ventilado, limpio, donde pudiese dormir sola, llorar libremente mi infortunio, y entregarme a mis oraciones.

»Por fortuna, en la misma casa había un cuarto que acababa de desocuparse, y lo tomé. Como no tenía dinero ninguno para atender a mis gastos ni pagar una criada, empecé a empeñar mis vestidos, valiéndome de mi antigua criada

para que me hiciese los recados, gratificándole sus servicios.

»Pero aquello no podía durar mucho; fuí deshaciéndome de mis trajes uno a uno, y pronto me encontré sin prenda alguna que empeñar. ¡Yo no sabía qué hacer! ¡No tenía a quién dirigirme, ni a quién pedir un real... y lloraba..., lloraba sin cesar, porque el llanto era el único consuelo en mi desgracia...! ¡Oh, cuánto padecía! ¡Cuántas veces, al ver que no tenía ni un pedazo de pan para llevar a la boca, y que no contaba con qué pagar la casa, envidié a usted, don Félix! ¡Sí, envidié a usted... porque usted, al menos, tenía en su triste prisión con qué saciar el hambre, y dónde descansar!

»Usted sabe que siempre he sido inclinada a la oración, porque en ella se encuentran los raudales de consuelo que la religión derrama en el alma; pero desde aquel momento cobró creces mi ardiente fe, y no cesaba de pedir a Dios pusiese término a mis desgracias. ¡Pero aun no era tiempo sin duda de que yo cesase de padecer! Mi antigua y leal criada había entrado a servir en otra casa, y yo tomé una joven para que me hiciese lo más indispensable. ¡Ah! ¡Nunca la hubiese tomado! Yo que no tenía más bienes que la poca ropa interior que me quedaba para ir la empeñando poco a poco; yo, que no contaba con otros recursos para pagar mi humilde cuarto y no morir de hambre..., me encontré un día robada..., sin un vestido..., sin una camisa...! ¡La criada, a quien había dejado, en tanto que yo iba a misa, había desaparecido, llevándose todo..., hasta la ropa de mi cama...! ¡Oh! ¡aquél fué un golpe mortal para mí y ¡terrible circunstancia!, ¡en aquel mismo día tenía que pagar la renta de mi casa! Sólo me quedaba el «tápalo» con que había marchado a la iglesia. ¡Era la última prenda con que contaba para satisfacer mi deuda y cubrir mi primera necesidad, alimentarme, y me deshice de él!

»Pero ¿qué podía durar lo que me dijese? ¿Qué iba a ser de mí después? ¡Oh! ¡Yo no veía otro horizonte que el de la mendicidad! ¡Pero era preciso alejar ésta lo más posible, y busqué en el mismo callejón, pero en una miserable casa de adobe, donde vivo, un cuarto que ganase poco..., muy poco!

»Sin embargo, pronto me vi sin tener con que comprar ni aun mis alimentos. El primer día que me encontré sin recursos, lo pasé con una sola torta de pan; el hambre me aconsejaba que acudiese a manifestar mi miseria a las personas que en otra época me dispensaron su amistad;

pero mi vergüenza y el temor de sufrir un desaire, se oponían a ello. Entonces me acordé de mi confesor, el padre Enrique. Sabía muy bien que el mejor amigo que Dios ha dado al católico es el sacerdote que lo guía y le aconseja. Ese depositario de nuestras culpas, que se interesa por nuestro bien presente y por nuestra felicidad eterna.

»Llena de fe y con las lágrimas en los ojos, corrí a verlo, le conté la historia de mi vida y la triste situación en que me encontraba. Aquel venerable ministro del Señor se conmovió al escucharme, le vi inundarse de lágrimas, y me consoló diciéndome que desde aquel mismo día se disminuirían mis padecimientos.

»Algo más tranquila con estas palabras, volví a mi pobre habitación, llevando conmigo media onza, que me había dado el bondadoso sacerdote.

»Al siguiente día me llamó y me dijo que una de las conferencias de los hermanos de San Vicente de Paúl, había tomado a su cargo el atender a mis necesidades. ¡Oh! ¡Aquella noticia llevó el contento a mi corazón! Entonces conocí lo sublime que debe ser a los ojos de Dios la caridad y los tesoros de beneficencia que encierra nuestra augusta religión. ¡Yo bañé con lágrimas de gratitud y de reconocimiento la mano benéfica de aquel ministro del Señor, que se ocupaba en remediar las penas del desgraciado! Al volver a mi casa, con el consuelo en el alma, no me pareció mi pobre cuarto tan triste y lúgubre como antes. Y era que la esperanza lo embellecía con su angélica luz; era que la caridad cristiana penetraba por sus puertas, despojando a la miseria de su más espantoso cortejo: el hambre y la desnudez.

»De rodillas, y dando gracias al cielo por sus beneficios me encontraba, cuando llamaron a la puerta, que tenía entornada para que entrase la luz; eran dos dignos hermanos de San Vicente de Paúl, que venían a poner por obra lo que el bondadoso padre Enrique me había prometido. Con la dulzura en el semblante y la piedad en el corazón, me hicieron algunas preguntas y se impusieron de mis necesidades; en seguida me entregaron unas varas de india oscura para un vestido, un rebozo negro, tela para dos camisas, sábanas y cobertor para la cama; dos vales para que enviase por semillas y por carne a la tienda y carnicería que me determinaron; algún dinero con que comprar algunas cosas indispensables, y el recibo de la casa, que la conferencia había pagado por mí y seguiría pagando en lo sucesivo. ¡Ah! ¡Cuán feliz me juzgué en aquel

momento! En medio de las comodidades de la vida, no puede el hombre comprender todo el valor que encierra un acto de caridad; pero cuando gime en la desgracia, cuando en medio del mundo se encuentra solo, abandonado, sin recursos, hambriento y sin esperanza, entonces el ligero favor, dispensado por una mano bondadosa, le inunda el corazón de un consuelo tan indefinible, tan dulce, tan tierno y profundo, que no tiene igual sobre la tierra.

»¡Y hay quien trate de presentar como perniciosas esas juntas filantrópicas, donde los hombres de nobles sentimientos, de ideas humanitarias, se congregan sin otro fin que el de llevar el consuelo a las familias desvalidas! ¡Y hay quien denuncie esas conferencias como focos de revolución, mientras por otra parte se hacen invitaciones públicas para que se reúnan los conciudadanos en las logias, a tratar asuntos de política, que pongan en peligro la tranquilidad de los pueblos! ¡Ah! ¡Si esas personas, en vez de dejarse llevar de falsos informes, se acercasen a esas sociedades benéficas, se conmoverían de placer al ver a todos sus socios ocupándose en remediar las necesidades de los desvalidos!»

Y tenía razón al expresarse así la desventurada Soledad.

Pregúntese a los pueblos qué bienes reciben de esas conferencias, y millares de voces de agradecidos pobres se levantarán ennumerándolos.

Y no sólo los desgraciados harán el panegírico de esas sociedades, sino también personas que guardan una brillante posición social, y que han hecho su carrera a expensas de la humanitaria institución de San Vicente de Paúl.

Sólo un deseo anima a todos los individuos que forman esas sociedades: el de hacer bien al prójimo; el de socorrer las miserias que afligen a la triste humanidad.

No bien se acerca una familia virtuosa a solicitar su auxilio, cuando se congregan para tenderle una mano protectora.

Y no se crea que los individuos que forman esas sociedades benéficas son hombres opulentos y poderosos, que contribuyen con grandes sumas, no; la mayor parte pertenecen a la clase media, y no contraen obligación de dar nada que exceda de sus facultades y de su voluntad, sino aquello que puedan y cuando quieran.

Para evitar que se sonroje el que no pueda contribuir con mucho, o se envanezca el que hace notables limosnas, hay una alcancía cerrada con candado, a donde cada so-

cio, sin que nadie le observe, se acerca las noches de conferencia y deposita aquella cantidad que le permite su posición.

Allí se ve a la caridad amalgamando a todas las clases con lazo fraternal, para concurrir de consuno al alivio del menestero. Allí está la verdadera igualdad, donde, reunidos los hombres en una misma familia, miran al desvalido como hermano para volar en su auxilio y repartir con él una parte de los bienes con que el Eterno le ha favorecido. Allí se encuentra en acción y en toda su religiosa belleza, la dulce fraternidad, y se contempla al hombre poderoso asociarse al de inferior esfera, para visitar, unidos, al infeliz necesitado y prodigarle los consuelos que dulcifiquen su mísera situación.

Aquellos socios no se detienen a examinar el partido ni la religión a que pertenece el que implora su protección, sólo ven a la humanidad que padece, y a ella le dedican sus cuidados.

Allí está la verdadera tolerancia, como está en todos los actos que emanan de la augusta religión católica; allí ese cosmopolitismo que considera a todas las razas y países como a una sola nación de hermanos, cuyo padre común es Dios; allí en vigor el cumplimiento de los deberes que la naturaleza indica y la religión prescribe, de ayudar al desvalido; y allí, en fin, el plantel del bien social, que cambiaría la mísera suerte de los desgraciados, si todos los individuos de la tierra se asociasen a los que hoy lo sostienen y se apresurasen a contribuir con su insignificante óbolo al mejoramiento de la clase infeliz.

Las víctimas que esas sociedades han sustraído a la muerte en las varias epidemias que han diezmando las poblaciones, cubriéndolas de luto y llanto, son innumerables, pues uno de los artículos de la institución ordena que se atienda al desvalido con los alimentos indispensables y las medicinas que disponga el facultativo, sea cual fuere el valor de ellas.

No es menor el de virtuosas jóvenes que, viéndose protegidas por la mano de la caridad, se han salvado de la seducción que el lujo y la abundancia les presentaba al contemplarlas en la miseria, brindándoles con los atractivos con que se atavían los placeres mundanales.

¡Y dónde dejamos esas madres de familia que, combatidas por la contraria suerte, llenas de inocentes hijos, y reducidas al estado de mendicidad, han hallado la salvación, la

educación de sus tiernas criaturas y su consuelo en las filantrópicas sociedades de San Vicente de Paúl?

Mientras los ambiciosos y los aspirantes de la tierra que-man el incienso de la adulación a las plantas de los poderosos y de los grandes; mientras los que combaten esos humanitarios planteles conspiran para derribarlos, para formarse una brillante posición social, los miembros de esos cristianos institutos, llenos de celo evangélico, sin otra aspiración que la de ser gratos a los ojos de Dios y útiles a la doliente humanidad, lejos de pisar los dorados salones de los reyes, ni las mullidas alfombras de los potentados, penetran por las desvencijadas puertas de los menesterosos, se acercan a ellos con el cariño de hermanos, llevándoles el socorro y el consuelo que dulcifican la situación que guardan en la vida.

¡Oh!, si los hombres todos, como antes dije, animados de afectos generosos se reunieran con el noble objeto de auxiliar a las familias que gimen en el infortunio, la sociedad cambiaría de faz como por encanto, y la espantosa miseria desaparecería ante la brillante luz de la caridad.

¡Cuántas jóvenes que gimen sin recursos y que luchan con heroica constancia contra la deslumbrante seducción, conservarían su virtud sin venderla, al fin, al precio de los pasajeros goces que la deshonoran y la abruma!

Mas ¡ah!, la mayor parte de los hombres se cuidan muy poco de enjugar las lágrimas de la infeliz que padece en el mundo, y no faltan algunos que, en vez de tenderle una mano amiga, comercian con su desgracia.

Sí; nada hay de exagerado en lo que digo. Monstruos hay que, al ver una mujer cándida, inocente y pura, luchando a brazo partido con la miseria, y atormentada por el hambre, le brindan con el oro... ¡oro maldito que la deslumbra y la seduce y su honor empaña!

Y aquella mujer, que hubiera sido una buena madre, una excelente esposa y un miembro útil a la sociedad, se arrastra en el fango de la prostitución, cruza los días de la vida por una senda de degradación, de humillaciones y desprecios, y muere aislada, segregada de la sociedad, que la rechaza como a miembro podrido de ella, atormentada por los remordimientos y mirando ante sus ojos el horrible porvenir de una eternidad de inferos tormentos.

¿Y qué sociedades son las más útiles a los pueblos? ¿Las logias, donde el honrado artesano, por ocuparse de la cosa pública, desatiende su taller, dejando de ganar lo que aplicaría a la educación de sus hijos, pierde el cariño

al oficio que le ha dado de comer y se mete a político, despertándose en él las ideas de ambición que nunca conociera y roban su tranquilidad, o las filantrópicas y de caridad, donde se reúnen cada ocho días los hombres de sentimientos generosos, para contribuir a remediar la desgraciada suerte de los desvalidos?

Nadie creo que dejará de conocer la excelencia de las segundas, y las funestas consecuencias que a los individuos y a las naciones resultan de las primeras.

Vosotros, los que alejándoos de la escuela del aspirantismo, os consagrais al alivio del indigente, a enjugar las lágrimas de las familias desvalidas, a tender una mano amiga al prójimo necesitado, vuestros nombres no figurarán en las páginas sangrientas de las revoluciones; pero el dedo de Dios los escribirá con caracteres eternos en el libro santo de la humanidad. Vosotros no alcanzaréis la gloria de los conquistadores que dejan una huella de sangre y de exterminio por donde llevan sus huestes triunfantes, pero sí la imperecedera y dulce que el Sér Eterno destina a la virtud y a la caridad.

Hecha esta ligera digresión en defensa de esas asociaciones benéficas, volvamos a reanudar el hilo de nuestra historia, siguiendo a la hermosa Soledad en la lectura de su carta:

«Mi primer acto al alejarse las dos personas que me habían llevado el remedio a mi miseria, fué dar gracias a Dios por el señalado favor que me dispensaba. ¡Me había enviado el alimento, y era ya feliz! ¡El cielo había dispuesto que viviese de la caridad, yo, que había vivido en la abundancia, y acepté tranquila y resignada su divina disposición! ¡Siquiera no tenía que ir a pedir limosna de puerta en puerta, agregando al hambre y la miseria, la vergüenza y los insultos!

»Vivo pobre, aislada, sin sociedad, en un miserable cuarto sin más compañía que mis lágrimas y los recuerdos vivos de mi muerta felicidad; pero, al menos, puedo satisfacer mi hambre y reclinar mi cabeza bajo un techo seguro...

»Inquieta ya sólo por la prisión de usted, acudí varias veces al edificio en que gime usted encarcelado, y otras tantas me retiré desconsolada, al saber que estaba usted incomunicado.

»Sin embargo, no desistí de mi empeño, y considerando que tal vez el carcelero se ablandaría a mis ruegos, en vez de dirigirme a las personas a quienes hasta entonces había